

LIBERALISMO AXIOLÓGICO

JOSÉ MARÍA MÉNDEZ*

1. Terminología

Las palabras *capitalismo* y *liberalismo* aquí significan objetivamente lo mismo: la correcta teoría económica que postula la mayor libertad posible para los agentes económicos y la menor intromisión posible del estado en los mercados. Como *capitalismo* se emplea casi siempre en sentido peyorativo, vamos a usar aquí preferentemente el término *liberalismo*, que tiene mejor acogida, pues se entiende a favor de la libertad. Sólo escribiremos *capitalismo* cuando no haya más remedio.

2. Las dos Escuelas austriacas

La primera –Menger, Wieser, Böhm-Bawerk– está reconocida como uno de los pilares de la teoría económica objetiva, científica y matematizable, junto con las aportaciones de Walras y Marshall. Brilló en Viena a finales del siglo XIX.

La segunda –von Mises, Hayek, Rothbard– floreció en ambientes anglosajones en el siglo XX. Se la llama *austriaca* porque Mises y Hayek nacieron en el antiguo Impero austro-húngaro. Pero desarrollaron toda su carrera académica en USA y Londres.

Al contrario de la primera, esta segunda escuela se ha caracterizado porque sus miembros extrapolaron sus ideas económicas –completamente certeras– para construir a partir de ellas una muy ambiciosa filosofía –completamente errónea– sobre el hombre y la sociedad.

3. La libertad no es un valor

El punto de partida de este proyecto de gran alcance fue la rotunda afirmación de que la libertad es un valor. Más aún, el único y absoluto valor. «La libertad pide que se la acepte como un valor intrínseco, algo que debe respetarse sin preguntarnos si las consecuencias serán beneficiosas en un caso particular» (Hayek)¹.

La misma idea puede presentarse así: «La característica distintiva de los fines

* JOSÉ MARÍA MÉNDEZ es Presidente de la Asociación Estudios de Axiología.

¹ HAYEK, FREDERICK: *Los fundamentos de la libertad*. Madrid 2008. Unión Editorial. Pág. 101.





últimos es que dependen completamente del juicio subjetivo y personal de cada uno» (Mises)². Y si la libertad es el punto de partida, único y absoluto, cada persona se propone sus propios fines. Por tanto eso exige la «ausencia de invasión de la persona o libertad de un hombre a manos de otros hombres» (Rothbard)³.

Sin embargo este atractivo y seductor punto de partida —¿quién no está a favor de la libertad?— se estrella contra la lógica. Un valor se define como *lo que debe ser sea o no sea*. Y la libertad nunca está en la situación de deber ser y no ser aún. Ya es. Es un hecho, una realidad de este mundo. Somos de hecho capaces de hacer el bien y el mal. Y desde Hume sabemos que la inferencia *es* → *debe ser* constituye una gruesa falacia. De lo que *es* nunca cabe derivar un *debe ser*. De lo que la gente *hace*, aunque sean todos, no se infiere que *deba hacerlo*. Igualmente, del hecho de ser libres no se deriva que la libertad sea un valor intrínseco que deba incondicionalmente ser.

Dicho de otro modo. El valor o deber ser se formaliza en lógica igual que el ser necesario⁴. En cambio, el hecho de que seamos libres, o capaces de hacer el bien o el mal, está en el nivel ontológico del ser posible que ha llegado a ser contingente o existente en este mundo. Cuando se presenta la libertad como algo absoluto o valioso en sí mismo, se comete el mismo error que cuando se escribe *posible* → *necesario*. O lo que es igual a estos efectos, *contingente* → *necesario*.

Por tanto, no cabe sorprenderse de que los entusiastas seguidores de la Segunda Escuela austriaca hayan llegado a tantas consecuencias inaceptables para las personas sencillas y de buena fe. Se indignan ante las alambicadas y escandalosas justificaciones de los excesos en los mercados financieros, que esta escuela defiende a capa y espada. La cita de Hayek alude precisamente a esta posibilidad.

Empleemos la expresión *liberalismo libertario* para caracterizar la doctrina que propone esta escuela, tomada en su conjunto. Aunque su teoría económica es correcta, la filosofía que la envuelve es falsa. Por tanto, también el conjunto es rechazable según el principio *malum ex quocumque defectu*. El adjetivo *libertario*, aunque tenga otros sentidos, aquí denota exactamente *la errónea idea de que la libertad es un valor*.

4. La libertad de cada uno termina donde empieza la de los demás

Este atrayente lugar común se encuentra, por supuesto, en todos los escritos de

² MISES LUDWIG VON: *Teoría e Historia. Una interpretación de la evolución social y económica*. Madrid 2010. Unión Editorial. Pág. 67.

³ ROTHBARD, MURRAY: *La ética de la libertad*. Madrid 2009. Unión Editorial. Pág. 76.

⁴ Cfr. MÉNDEZ, JOSÉ MARÍA: «Respuesta al Profesor Mario Caponnetto». *Revista Altar Mayor*, n° 179. Pág. 830.



la Segunda Escuela austriaca. Pero inmediatamente surge la pregunta *¿se deriva tal cosa de su punto de partida?*

Porque más bien parece que se deriva todo lo contrario. Si cada persona puede proponerse fines de modo arbitrario y sin responder más que ante su propia conciencia, lo esperable es que surjan constantes y violentos conflictos de intereses. *El individuo es el juez supremo de sus fines*, dice Hayek⁵. Imaginemos que el individuo A quiere lo mismo que el individuo B, y no cabe el reparto. Todo termina obviamente en la *ley de más fuerte*. La libertad del más poderoso invade y atropella la libertad del más débil.

El conocido aforismo se ha colado de rondón en la doctrina austriaca. Pues se trata de un auténtico valor ético universalizable. Si todos actuaran así, todos saldrían ganando y nadie perdiendo. Cumple la Regla de Oro de la ética. Por tanto, aparte del principio de partida, aparentemente único, de la libertad como valor intrínseco, en la nueva Escuela austriaca se ha introducido un segundo y verdadero valor que no se deriva lógicamente del primero. Ni siquiera son consistentes ambas afirmaciones. Se presenta la libertad como algo absoluto y a continuación se admite que encuentra límites.

Más bien ocurre que el popular aforismo es cierto y la libertad vista como algo absoluto es una falsedad.

En efecto, *la libertad de uno termina donde empieza la de los demás* no es sino una manera más de enunciar el valor ético que solemos llamar *Respeto a la persona*. Este entrar por la puerta de atrás de un verdadero valor en la doctrina de Hayek y Mises, o sin que ellos se diesen cuenta, nos encamina hacia una propuesta mejor que la equivocada idea de la libertad como único y exclusivo punto de partida.

5. La libertad es el ente que tiene delante los valores-fines

La libertad no es un valor, sino el ente encargado de realizar los valores. La libertad está frente a los valores.

Ante todo distingamos entre libertad positiva y libertad negativa⁶. Esta distinción aparece ya en el primer operador lógico, el afirmador-negador. La



Ludwig von Mises

⁵ «Camino de servidumbre», Madrid 1950. *Revista de Derecho Privado*. Pág. 62.

⁶ Hay otras terminologías, pero preferimos la propuesta por Nicolai Hartmann e Isaiah Berlin.

libertad es inseparable del conocimiento de lo verdadero y lo falso. Inteligencia y voluntad van juntas desde el principio en el primero de los operadores lógicos.

Ser libre en sentido positivo es ser capaz de optar entre la verdad y la falsedad, y en general, elegir entre el bien o el mal. Es un todo o nada. O se tiene del todo o no se tiene en absoluto. No admite grados.

Ser libre en sentido negativo es hacer el bien o el mal de una manera o de otra, con tal o cual acción. Es un abanico abierto de posibilidades de actuar, que admite grados. Un manco no puede robar con la mano que le falta. Ni tampoco firmar con ella un contrato justo y legal.

La libertad positiva, la que nos constituye en personas, tiene delante un arco de valores éticos como fines a realizar. Los valores son los *fines últimos*, y aparecen juntamente con la libertad positiva. No son fines subjetivos, como pensaba Mises, sino objetivos. La conciencia moral no inventa los valores-fines, sino que los descubre. Estamos en este mundo para realizarlos. Este es el sentido mismo de la existencia humana. No somos libres para optar arbitrariamente entre el bien y el mal. *Debemos sí hacer* el bien y *debemos no hacer* el mal.

Si no hay un campo de elección abierto a la libertad positiva, ¿dónde encontrarlo? Nos parece esencial a la libertad el que haya varias opciones en que elegir. Justo entonces entra en escena la libertad negativa, la creencia vulgar que pone la noción de libertad, seductora pero erróneamente, en el abanico de posibilidades abierto a la elección.

La libertad negativa es inseparable de la distinción entre fines y medios. Somos libres en sentido negativo para elegir los medios que nos parecen más adecuados para realizar el valor o para evitar el antivalor. Este es el abanico de posibilidades abierto a la elección, que el vulgo estima equivocadamente como esencia de la libertad. Ya es menos perdonable que intelectuales de la talla de Mises y Hayek caigan en este error. Pero el hecho es que en la Segunda Escuela austriaca nunca están claras ni la distinción entre libertad positiva y negativa, ni la distinción entre fines y medios.

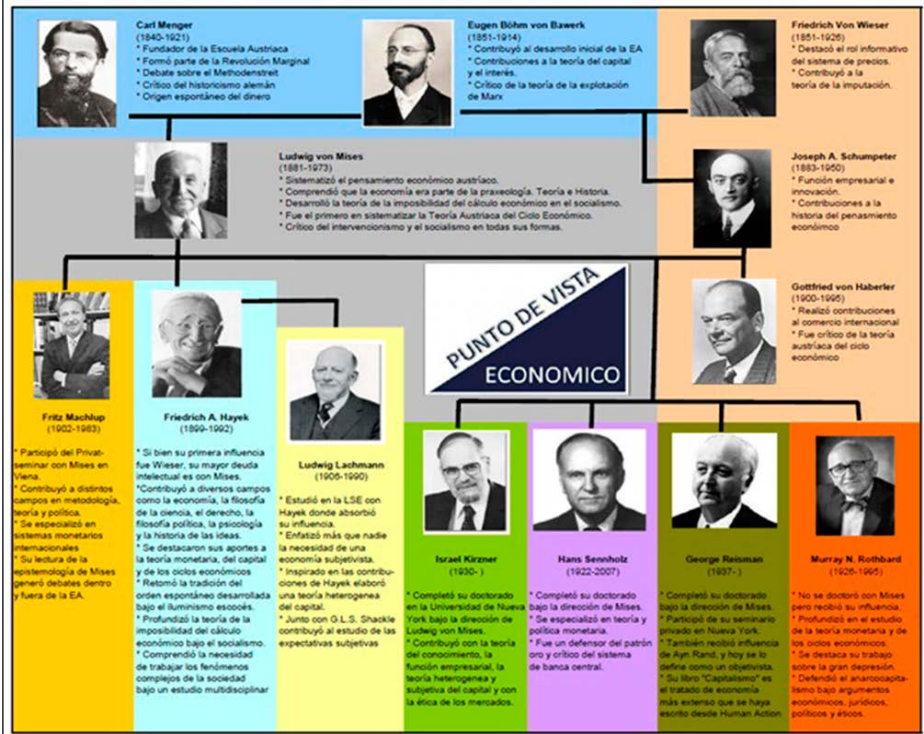
Insistamos. La libertad positiva no es un valor, sino el ente encargado de llevarlos a cabo. La libertad positiva está frente a los valores. En la medida en que los cumpla podría predicarse de ella, aunque impropia y confusamente, el adjetivo *valiosa*.

Más comprensible es confundir la libertad negativa con un valor. Pero tampoco lo es en rigor. Si todos los que están alrededor de mí cumplieran con todos los valores, yo tendría automáticamente la máxima libertad de movimientos que me conceden los valores mismos. Mi campo de elección estaría abierto al máximo. No podría quejarme de que alguien restringe o limita mi libertad negativa.

Pero esa libertad negativa es en rigor la consecuencia de que los demás vivan más o menos los valores. No es algo que pese sobre mi conciencia como lo que yo debo hacer, como un valor para mí. Más bien pensaré que, si yo vivo todos los valores, nunca invadiré abusivamente la libertad negativa de nadie



EL ÁRBOL GENEALÓGICO DE LA ESCUELA AUSTRIACA DE ECONOMÍA



44



Esta es la esencia del *liberalismo axiológico*, que aquí se ofrece, y contraponemos al *liberalismo libertario*. El verdadero punto de partida no es una libertad independiente de los valores. Mucho menos la idea de la libertad como único y exclusivo valor. La libertad sólo es concebible junto con los valores-fines. Esto se evidencia ya en el mismo afirmador-negador. Una persona adquiere su libertad positiva, o su capacidad de ser veraz o mentirosa, a la vez que adquiere el conocimiento axiológico, tanto del valor de la verdad y como del antivalor de la falsedad.

6. La doble y equidistante condena del socialismo y del liberalismo

Muchos han intentado posicionarse como igualmente distantes del socialismo y del liberalismo. Condenan ambas posturas. Pero pasan por alto una sutil diferencia. No caen en la cuenta de que el socialismo es censurable por ser una doctrina totalmente equivocada, mientras que el liberalismo, incluso el libertario, defiende la teoría económica correcta. No puede ser censurado por eso. El liberalismo libertario está parcialmente equivocado. Lo que en él criticamos es



sólo la abusiva extrapolación de su teoría económica verdadera hasta convertirla en una falsa filosofía general sobre el sentido de la vida humana.

Es obligado distinguir aquí entre *censurar las doctrinas* y *censurar las conductas*. Puede darse el caso, y se da de hecho, del cínico que profesa públicamente la doctrina verdadera, pero actúa justo al revés. Entonces hay que criticarlo por lo que hace, pero no por lo que dice. Censuraremos su conducta, pero no su doctrina⁷.

Marx estaba equivocado cuando buscaba una plusvalía tramposa en la entraña misma de los mercados. Y todos los socialistas, o los socialdemócratas de hoy, se equivocan cuando defienden que el estado metido a empresario es mejor que la iniciativa privada. En cambio, cuando Mises y Hayek defienden la libertad empresarial contra la injerencia del estado no se equivocan. Aciertan como economistas, aunque yerren como filósofos.

Dicho de otra manera. Lo que se critica en el socialismo es una doctrina equivocada *in toto*. En cambio, la crítica a la teoría económica del liberalismo libertario sólo sería adecuada si estuviese referida a las conductas inmorales, pero no a su doctrina económica como tal.

Ciertamente hay empresarios inmorales y cínicos, que abusan de su posición ventajosa. Por ejemplo, intentan crear un monopolio, cuando la doctrina que dicen profesar defiende la libre competencia. Hacen lo contrario de lo que dicen. Pero no por eso invalidan la doctrina económica verdadera que profesan, según la cual hay que proscribir los monopolios y favorecer la libre competencia. Y mucho menos se hace teóricamente recusable que los agentes económicos busquen la mayor rentabilidad a los recursos que poseen. Todos intentan vender al precio mayor posible y comprar al precio menor posible. Y gracias a eso funciona la economía en beneficio de la sociedad en general. Hemos de censurar su abusiva conducta, pero no su doctrina económica.

Otra cosa es que se censure el liberalismo libertario como doctrina filosófica sobre el hombre y la sociedad. Es entonces cuando viene a cuento criticar la doctrina como tal.

Y si se trata del liberalismo axiológico, que aquí postulamos, sólo cabe criticar las conductas, pero no las doctrinas. No cabe censurar nada en el plano teórico, ni la teoría estrictamente económica ni la axiología o filosofía de los valores en que se enmarca. A mi juicio, ambas son objetivamente verdaderas. Sólo cabría censurar las conductas en el plano práctico.

Decía Kant: «Aunque todo el mundo asesinase, no por eso el asesinato se convertiría en algo digno y bueno en sí mismo». De modo análogo, cabe afirmar que, aunque todos los empresarios se comporten violando una doctrina objetivamente verdadera, no por eso se convertiría en falsa. Lo que *se debe*

⁷ La frase evangélica *haced lo que dicen los fariseos, pero no lo que hacen* enuncia ya de modo bien claro la diferencia entre criticar la doctrina y criticar la conducta.

hacer nunca se deriva en lógica a partir de lo que la gente *hace*. Incluso en el caso de que *todos* fuesen cínicos o fariseos.

Así pues, no hay una tercera doctrina verdadera entre dos extremos falsos, como tanta gente cree. O entre el socialismo y la teoría económica de los liberales, que es la misma para el liberalismo libertario y para el axiológico. Mucho menos la hay, si se trata del liberalismo axiológico, que acierta tanto en economía como en filosofía. Nunca cabe condenar por igual el socialismo y el liberalismo, ni siquiera si se trata del liberalismo libertario⁸.

Digamos lo mismo, corriendo el riesgo de usar el peligroso término *capitalismo*.

Si por *capitalismo* se entiende lo mismo que el *liberalismo libertario* de Mises y Hayek, hay que condenar sus errores filosóficos, pero no su correcta doctrina económica. Respecto a esta última habría que condenar únicamente las conductas contrarias a ella.

Si por *capitalismo* se entiende el *liberalismo axiológico* que aquí defendemos, no hay que condenarlo, ni como doctrina filosófica ni como teoría económica. Lo que habría que condenar en todo caso es la avaricia y el abuso de fuerza contra los débiles, que obviamente puede darse —y se da de hecho— en muchos que teóricamente profesan la doctrina económica correcta. Más aún, la usan como tapadera de sus desmanes. Aunque también hay empresarios modélicos por su mecenazgo y ejemplares por la virtud de la magnanimidad, que tanto alabó Aristóteles.

Sin duda hay que admitir también que el *liberalismo libertario*, al no reconocer desde el principio los verdaderos valores e imaginar libertad como el único valor, es proclive a degenerar en la ley del más fuerte. Y de hecho son estos abusos los que originan la indignación de la gente sencilla y bienintencionada contra la teoría económica verdadera. La toman por falsa. Pero en la medida en que muchos empresarios pasen mentalmente desde el *liberalismo libertario* al *liberalismo axiológico* será esperable que esos abusos disminuyesen.

En conclusión, no es lo mismo estar equivocado de raíz que violar con la conducta efectiva la doctrina correcta que se dice profesar. El socialista puede ser inculpable de su error. En cambio el liberal axiológico que explota a los débiles es un miserable cínico. No condenemos por igual, o sin matizaciones, a los ignorantes y a los cínicos. Caeríamos en el extendido error de la insostenible tercera vía antes citada. ■



⁸ Cfr. «Liberalismo y Socialismo». MÉNDEZ, JOSÉ MARÍA: *Altar Mayor* N° 170. Pág. 185. Allí se califica el socialismo como *intrínsecamente perverso*, pues no tiene arreglo axiológico. En cambio el liberalismo libertario es *extrínsecamente perverso*. Se le puede arreglar añadiendo los valores a su teoría económica correcta. Cfr. también «Manifiesto Liberal 2015». MÉNDEZ, JOSÉ MARÍA: *Altar Mayor* N° 169. Pág. 35.